

lenta descendiendo, descendiendo sobre campos desolados cuyo horizonte se borra entre neblinas grises. . . . "Volveré," repites, y esto es como la esperanza. . . . miro palomas con mensajes y olivas en el pico, arco-iris, límpidos cielos. . . . ¿Dijiste "alegría"? Pues bien, los panderos de las gitanas en las ferias, no repiquetearon con ritmo tan sonoro, las canciones tirolesas no sonaron tan dulces, las golondrinas en los campanarios no gorjearon con más suave algarabía, y las castañuelas de las bailadoras sevillanas no dijeron tan bien lo que esa palabra en tus labios dice. "Te amo," clama tu voz velada y temblorosa. . . . Al escuchar esa palabra, tengo que cerrar los ojos para no deslumbrarme con ella. . . . El sol no permite que se le mire de frente, y el osado que á tal se atreva, cegará. Para recibir la palabra entera, me inclino, como las ramas cuando pasa el viento. Soy toda un inmenso cáliz que se abre á la santa gota de rocío. . . . y ella, tu palabra, cae allí como hermosa perla. . . . Guardada quedará por siempre. Esa palabra maravillosa va ante mí, como lámpara, abriendo con los picos de su luz las negras cavernas de mi vida. . . . Guía es de mis pasos. La dijiste, y nunca más irá mi camino en cuesta:

todo es bajar, bajar por suavísima pendiente. . . . Cantan los pájaros á la orilla del camino: se deshojan las rosas, y la tierra, como alfombra oriental, devuelve un perfume por cada pisada. . . .

Santa sea tu boca por decir lo que dijo.

Y no soy gitana, que si lo fuera, te dijera agradecida, como se dice en los cuentos: "Camina por esa vereda: sigue adelante día y noche: no te arredren los peligros que te asalten (tienes virtud para vencerlos todos). Después que dejes atrás el alto árbol cuyo tronco tiene la forma de una cruz, atraviesa el llano y toca la puerta de una humilde choza que hallarás medio escondida entre secos matojos. Al roce de tu mano, la cabaña se tornará en palacio: entra: el castillo es tuyo, y en él te espera una reina. . . ." Pero. . . ¿y tu Mariflor? . . . Tu Mariflor. . . á la puerta del palacio quedará sin vida. . . . ¡Ah! loca imaginación que me lleva al desvarío! Si gitana fuera yo, te diría solamente lo que siempre te digo: "¡Oh, amor mío! ata bien á tu cuello la reliquia que te dió tu madre, riega el tomillo que está en tu ventana, y. . . . no eches en olvido á tu fiel.

MARIFLOR.

## EL SENTIDO COMUN.

El sentido de la generalidad, de la multitud, de la turba, el sentido que abunda, es frío, torpe, grosero, y egoísta: no suele mover á acciones excepcionales y estupidas como el heroísmo, la abnegación y el sacrificio, que, precisamente por no ser cosas comunes, suscitan asombro, admiración y reverencia, que comienzan por burla, conmiseración y desprecio. El vulgo ha apedreado, escarnecido y compadecido, como á malhechores, histriones é insensatos, á los profetas, á los descubridores y á los mártires, á reserva de glorificarlos, de venerarlos, de adorarlos más tarde, cuando ha sentido en sus cerrados párpados el calor de la luz amanecida, cuando ha saboreado con su tosco paladar el fruto exquisito del árbol sacudido, cuando ha mitigado su hambre y su sed con el vino del cáliz y el pan de la píxide, cuando ha comulgado con la sangre y la carne de sus Cristos. Y es que la humanidad, —lo he dicho en otra ocasión,— nunca recibe bien á la nueva idea, aunque esta se llame Jesús. Poco perspicaz en su inmensa mayoría, no percibe ni distingue á primera vista, y no quiere estar á merced del primer monomaniaco con delirios de superioridad y de grandeza. La verdad y la justicia, para abrirse paso, necesitan siempre luchar y vencer. ¡Solamente combatiendo y triunfando prueba que son justicia y verdad! ¡Por tales signos, y no por otros, son reconocidas y respetadas!

No: el sentido de Sancho Panza no es el sentido de los redentores y de los paladines: el sentido de estos y aquellos se acerca más al de Don Quijote, alado, emprendedor y magnánimo, que al de su escudero, reacio, convenenciero y bellaco. No: el sentido corriente, el sentido de la muchedumbre, el sentido de todos, no es el sentido de los seres privilegiados. El sentido del genio es raro, rarísimo, por soberana manera exaltado, penetrante y excelso. Castelar escribió en alguna parte: «A veces nace un genio, trabaja, lucha, cae, recae, muere olvidado en el camino de la gloria, y la posteridad «solamente lo conoce y lo vengá de las injusticias de su «tiempo. Pero ¿qué más? Hay, hasta en esos juicios póstumos que se creen definitivos é inapelables, grandes

«alternativas y grandes eclipses. Shakespeare, el poeta «más querido de nuestro siglo, ha pasado durante otros «siglos por un bárbaro. No hay poeta académico, de esos «que peinan la frase, cabelludá, pero sin seso, hasta convertir la prosodia y la sintaxis en el arte de un peluquero; no hay ninguno que no haya condenado el gusto «del gran poeta y que no lo haya creído propio sólo para «divertir á las gentes vulgares con sus monstruosidades «y sus horrores. Y sin embargo, Shakespeare es hoy la «mayor gloria de Inglaterra.»

Claro es que no pretendo que los artistas, los videntes, los redentores y los paladines sean hombres privados de razón: lo que está en mi pensamiento es que la razón de esos elegidos no es aquella *razón menguada* que en verano no olvida el parasol, ni en tiempo de lluvias los impermeables, ni en el invierno el sobretodo; que está compuesta de la costumbre inveterada, del principio admitido, del gusto reinante; que es esclava estéril de la rutina, de la moda y de la higiene; que no infringe las reglas establecidas ni salva las barreras levantadas; que sólo anda por calles y carreteras; que siempre está con el pié sobre el polvo trillado; que es el criterio de la impotencia, del cartabón, del gorro de dormir; que no vuela; que no se aventura; que no se compromete; que llama deformidad á la belleza extraordinaria, barbaridad al sacrificio heroico y demencia al genio creador.

Y particularmente respecto del poeta, . . . . Pero dejemos la palabra á Lord Macaulay:

«Tal vez no sea posible ser poeta, ni aun siquiera gozar de la poesía, sin hallarse bajo la influencia de una «enfermedad de espíritu, si de tal suerte es lícito calificar un estado de alma que tan inefables goces proporciona. Por esa causa entendemos que no debe llamarse «poesía todo aquello que se escribe en verso, aun cuando «se halle bien medido y merezca desde este punto de vista los mayores elogios; que poesía es el arte de emplear «las palabras de tal suerte, que produzcan ilusión á la «fantasía, haciendo con ellas lo que el pintor con los colores. Así es como el más famoso de los poetas la ha «descrito en versos universalmente admirados por el vi-